

La literatura infantil en Centroamérica

Manuel Peña Muñoz: escritor, investigador literario, especialista en literatura infantil y juvenil, nacido en Chile (1951) donde trabaja como profesor y crítico literario. Ha escrito numerosos libros de cuentos, novelas y artículos especializados en literatura infantil. Autor de *El niño del pasaje* y *Un ángel le sopló al oído*, ha obtenido en España el Premio Gran Angular 1977 por su novela *Mágico sur* (SM). Entre sus obras de investigación se mencionan *Alas para la infancia*, *Folklore infantil en la educación* y *Había una vez en América: literatura infantil de América Latina*.

Manuel Peña Muñoz

Sabemos poco de la literatura infantil en América Latina y mucho menos de los libros para niños que se escriben en Centroamérica. Pareciera éste un continente misterioso o lejano, aun para los latinoamericanos que por diversas razones no se animan a explorar un universo riquísimo que tiene mucho por descubrir. Tierra de volcanes e inmensos lagos, de vastas llanuras y bosques, con una cultura maya inexplorada y con vetustas ciudades coloniales, ha sido destruida muchas veces por cataclismos y ciclones. Recientemente países como Nicaragua y Honduras han quedado en la ruina después de ser asolados por impresionantes ciclones. La miseria es dramática en El Salvador o Guatemala que tienen por lo demás una fuerte presencia indígena. En territorios como estos pareciera que cobran vida las palabras de Gabriela Mistral cuando decía que “la infancia se llama ahora”. Son aquellos desposeídos niños mestizos los que más necesitan de la palabra digna que les devuelva la espiritualidad. Esto lo han comprendido desde siempre los poetas y narradores que han escrito versos y cuentos inspirados en la rica sabiduría de estos pueblos empapados de tradicionalismo rural, de mitología vernácula y de una genuina presencia étnica. De estas raíces telúricas se nutren los autores para escribir libros llenos de magia que circulan entre las manos morenas de niños centroamericanos y que de pronto llegan por sorpresa a una biblioteca de otro país lejano y nos invaden de maravilla o de asombro.

Guatemala

Como en la mayoría de los países latinoamericanos, los orígenes de la literatura infantil en Guatemala hay que encontrarlos en los cuentos folklóricos narrados en las noches alrededor de un fogón bajo un cielo estrellado. Estos cuentos estaban impregnados de aquellos mitos indígenas de origen maya mezclados con la tradición hispánica. Eran relatos portentosos de princesas y castillos encantados, protagonizados por el pícaro Pedro Urdemales o por animales centroamericanos como el coyote, el tigre, el zanate, los pájaros y el conejo. Todos estos cuentos milenarios tienen hoy una asombrosa actualidad porque en todos ellos late un fondo ecológico.

En la época de la Colonia se imprimen los primeros libros para niños en idioma castellano. Son fábulas versificadas a imitación de las españolas que escriben los guatemaltecos en los inicios del siglo XIX. Muy bien escritas, en ellas late siempre un fondo de verdad, un tono social y una ligera lágrima filosófica. Simón Bergaño y Villegas las escribió y también el ecuatoriano Rafael García Goyena radicado en Guatemala que dedica sus fábulas “a los niños centroamericanos”.

Luego se inician las publicaciones de leyendas y mitos de Guatemala que se parecen mucho a los de otros países centroamericanos, ya que existe una gran homogeneidad cultural, racial, espiritual y

una idiosincrasia común. Son cuentos que circulan por toda Centroamérica protagonizados por Tía Boa, Tío Tigre, Tío Coyote y Tío Conejo, personajes muy queridos y conocidos por los niños de estos países. Todas estas narraciones populares tienen hoy también una actualidad porque se transmiten por boca de los “cuenteros”, tan característicos de la cultura oral centroamericana.

Siendo tan rica la cultura folklórica, los autores se inspiran en ella para escribir sus libros. Daniel fue uno de los primeros autores que escribió un conjunto de poemas infantiles titulado *Mi niño* (1926). Otro autor y pionero es Manuel Galich (1913-1984) autor teatral que escribió *Entremés de los cinco pescaditos y el río revuelto*, muy representado en los países centroamericanos y Cuba.

En la década del cuarenta, Gabriela Mistral visita Guatemala e impulsa la creación y difusión de la revista *Alegría*, una de las pocas revistas para niños que en ese momento había en América Latina. “A mis niños de Guatemala”, escribe “me lo ha dicho un zenzontle, los asustan de noche con guayabas de azufre. Pero las madres mayas les tejen cordoncitos con canela y toronjil que preservan su canto y abultan su alegría en los amaneceres antiguos”.

En las últimas décadas, destacan varios libros basados en el folclore, entre ellos el de Francisco Barnoya Gálvez, *Han de estar y estarán* (1961), colección de cuentos y leyendas de Guatemala que nos introduce a los mitos guatemaltecos y nos transporta a la poderosa naturaleza centroamericana. En la misma línea figura *Madre Milpa* de Carlos Samoyoa Chinchilla, autor de una serie de relatos de sabor antiguo, entre ellos *La lagartija Esmeralda* basada en un milagro, al modo de los “Exiemplos” del Conde Lucanor. Igualmente merecen citarse *El lorito fantasioso* de Hugo Carrillo y *Tío Tigre y Tío Conejo* de Ricardo Estrada, puesto que, como se ve, los autores reinventan otros cuentos basados en su propia animalística folklórica. En la misma línea, Adrián Ramírez escribe *Juanaipú e Ixbalanqué* basado en tradiciones populares e indígenas.

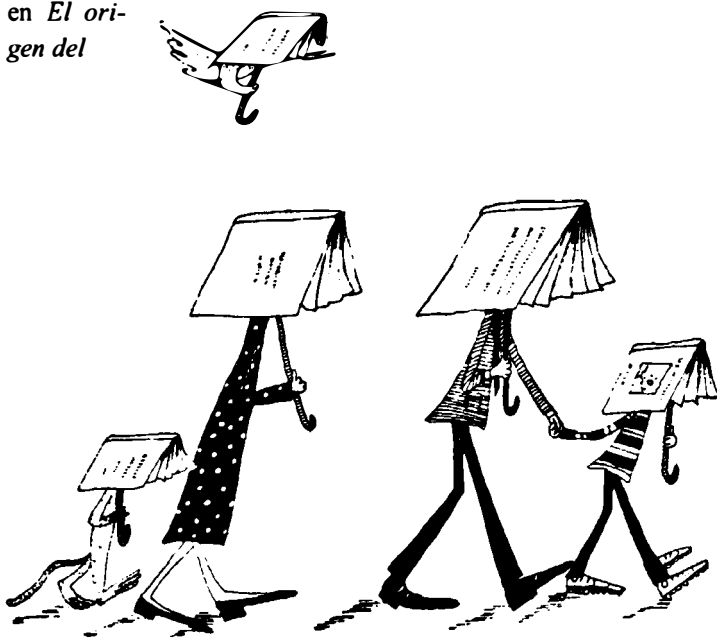
Virgilio Rodríguez Maical publica *La mansión del Pájaro Serpiente* (1979) y *El mundo del misterio verde* (1981) contando

la vida animal en las selvas del trópico centroamericano. En este aspecto, hay que mencionar una adaptación y simplificación de las antiguas historias de los indios quichés de Guatemala por Albertina Saravia en la Editorial Purúa de México, al genial Augusto Monterroso, creador de unas breves y corrosivas fábulas modernas y autor del libro *16 cuentos latinoamericanos para jóvenes* y, por cierto, el Premio Nobel de Literatura, Miguel Ángel Asturias que ha escrito para la infancia *Leyendas de Guatemala*.

Diversos autores destacan en los años recientes, entre ellos Francisco Albizúrez Palma, autor de *Las lágrimas del sombrero*, ambientado en la región central de Guatemala, en tanto que en *Por qué el conejo tiene las orejas largas* narra una hermosa leyenda desarrollada en el corazón de la civilización maya.

Teniendo Guatemala las famosas ruinas de Tikal con vetustas pirámides en medio de la selva y vestigios de aras para sacrificios a los dioses, es fácil imaginar a los autores rescatando ese tiempo para la literatura infantil y juvenil. En este orden, H. F. Cruz Corzo ha publicado *La queja del zanate* combinando los elementos folklóricos, la exuberante naturaleza centroamericana con un fondo cristiano y una suave poesía.

Oralia Díaz es una de las escritoras más fecundas. Ha dado a conocer sus libros de cuentos en la década de los ochenta. En ellos —como en *El origen del*



Olga Cuéllar. *Al encuentro del lector*. Bogotá: Taller de Talleres, 1998



Olga Cuéllar. *Al encuentro del lector*. Bogotá: Taller de Talleres, 1998

maíz blanco— se mezcla el fabulario local con sentimientos de solidaridad y amor a la Naturaleza.

En 1987 aparece *Poemas escogidos para niños* de Francisco Morales Santos y un año más tarde *Cuentos para vivir en paz* de Sagstune Gemmel, auspiciado por la UNICEF, en los que ilustra a través de ejemplares relatos los derechos universales de los niños. También se destaca *El canto del Chiquirín* de M. Valdeavellano que tiene de protagonistas a los insectos y pequeños animales de la región oriental de Guatemala, tan rica en leyendas, coplas y corridos, en tanto que Paul Villagrán, consciente de la necesidad de un buen libro de lectura escolar, escribe *Este era un rey* (1985) con cuentos y poesías ligados al medio guatemalteco.

En el área de la literatura juvenil se destaca *Relatos quichés para jóvenes de una época infame* de Lionel Méndez D'Avila que obtuvo en 1990 el Premio Casas de las Américas por constituir “una sugestiva visión del mundo mesoamericano, entretrejida con elementos de poesía y prosa, magia y realidad”.

Últimamente se están publicando cuentos en lenguas vernáculas con el propósito de conservar la lengua original del territorio y proveer a los niños mayas por primera vez de materiales literarios en su lengua materna, estimulando así a los pequeños indígenas para la lectura y escritura en su propio idioma, lo que generará en el futuro la creación literaria en lenguas aborígenes, algo muy importante para conocer y difundir la cultura e identidad de estos pueblos. En este sentido se publicó una *Enciclopedia de los animales de Guatemala* escrita originalmente en lengua Kakchikel y traducida posteriormente al español. También hay historias con relatos que nos evocan el mundo de Popol Vuh, como *Las personas que se convirtieron en estrellas*, que nos revelan aspectos inexplorados de la cosmovisión maya. Todos estos libros propenden a una apertura del mundo desde la infancia, ya que es necesario fortalecer en esta etapa de la vida una actitud positiva hacia las lenguas y etnias.

Pese a las dificultades, existe en este país

un panorama esperanzador en el campo de la literatura infantil, toda vez que existen diversas acciones encaminadas a la difusión del libro para niños a través de seminarios, cursos y talleres para profesores y bibliotecarios auspiciados por la Fundación Leer. También existe el Proyecto de Acercamiento a la Literatura Infantil que aspira a la expresión escrita y libre del niño. También se ha potenciado la difusión del autor guatemalteco que escribe para niños a través de la Editorial Piedra Santa y la Fundación Cultural Óscar de León Palacios.

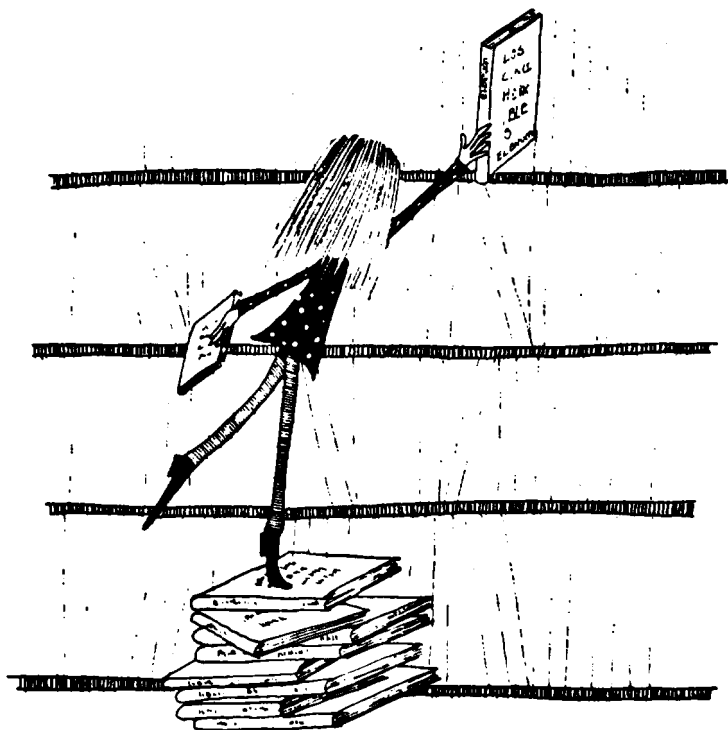
Una iniciativa interesante es el fomento de la canción infantil. Como México, los países centroamericanos son muy musicales y cuando escriben poesía la escriben bajo la forma de canción. Así, se ha editado el cancionero *Canta conmigo* con los tradicionales cantares de los niños guatemaltecos. También los artistas dan recitales de sus propias composiciones y editan casetes, entre ellos los de Karla Salas, Aníbal Delgado y muchos otros.

Honduras

La literatura infantil en Honduras es escasa y con graves problemas de difusión debido a la ausencia de editoriales, librerías especializadas y políticas que estimulen el género. No obstante, reciben desde México y Costa Rica —países referenciales culturalmente— frecuentes cursos de especialización, talleres para maestros y bibliotecarios, ocasionales visitas de escritores y un interés en ascenso de parte de personas vinculadas a la universidad, en el sentido de estimular la lectura en los sectores más pobres.

Entre los escritores más interesantes hay que mencionar a Juan Ramón Molina, Alejandro Alfaro y Víctor Cáceres. Un escritor hondureño contemporáneo es Pompilio Ortega, en cuya obra se refleja el paisaje y la geografía de su patria. Ha publicado *Patrios lares* y *Leyendas, cuentos y curiosidades de Honduras* en el que aparecen algunos cuentos tradicionales de corte folklórico como *La viejecita de Curarén*. Otro autor contemporáneo es Rubén Berríos (1936) soñador de gran sensibilidad que escribe una serie de libros en los que late una tierna poesía, entre ellos *El caracol de cristal* (1988), *El avión de papel* (1990), *País de rayuelas* (1993) y *Niños de país hondo*

PUBLICIDAD



Olga Cuéllar. *Al encuentro del lector*. Bogotá: Taller de Talleres, 1998

(1994). En estos cuentos muy bien escritos se refleja la niñez en este país que Cristóbal Colón bautizó como Honduras por las profundidades del mar frente a sus costas. La actividad principal en torno a la literatura infantil en Honduras radica en su capital, Tegucigalpa, en donde los autores escriben sus libros de poesía, leyendas y cuentos, ambientados algunos de ellos en las impresionantes ruinas de Copán donde es posible advertir la riqueza cultural de la civilización maya.

El Salvador

El más pequeño de los países centroamericanos es El Salvador, sin embargo es uno de los más densamente poblados en América. Su nombre deriva de una batalla ganada por los españoles a los indios pipiles un 6 de agosto, día de la Transfiguración del Salvador del mundo. Como Honduras, El Salvador tiene dificultades para publicar libros infantiles. La carencia de medios económicos unida a la falta de incentivos y ausencia de políticas culturales, hace que sea muy difícil encontrar libros de buenos autores salvadoreños. No obstante, siempre hay escritores que sobresalen, especialmente aquellos que han buscado inspiración en los saberes tutelares.

Desde luego, el fabulario mitológico del país es riquísimo y está impregnado de anti-

guas tradiciones de origen maya que han sido transmitidas de generación en generación. Desde muy antiguo, los niños salvadoreños han avivado su imaginación con narraciones indígenas e hispánicas de sabor colonial. Especialmente atractivas eran aquellas protagonizadas por el Náhual, especie de ángel de la guarda que acompañaba y protegía a los niños, representándose generalmente bajo la apariencia de un animal. Sobrecogidos, los niños oían estas narraciones fabulosas como la del cacique Tecum-Umam que murió bajo la espada de Alvarado. De inmediato bajó del cielo un inmenso quetzal de plumas multicolores que atacó mortalmente al español, siendo el Náhual del cacique que cobraba venganza.

Los niños escuchan en torno al fuego y después juegan repitiendo fórmulas folklóricas como verdaderos conjuros:

Indito soy de estas tierras
valientes de Cuscatlán
cargando voy mi cacaxte
con nisperos y melón.

En los años treinta se publican muchos libros que recogen la rica mina costumbrista y folklórica. Entre los más interesantes sobresale *Cantos de cuna* (1933) de Francisco Espinosa. Siguiendo esta línea, se publica *Panchimalco* (1959) de Alejandro Marrochín que narra la leyenda de la calavera de la iglesia de la aldea que lleva ese nombre. También destaca Sabino Deodanes con *Leyendas y realidades del folklore nacional* (1960), Adolfo Herrera con *Exposición literaria de nuestra vieja raza* (1966) y, en los últimos años, José Villegas con *Leyendas* (1984) en el que recoge la fabulosa mitología de un llano pletórico de tradiciones. De todos, uno de los autores más interesantes es Miguel Ángel Espino con *Mitología de Cuzcatlán* (1976) por la riqueza del léxico que utiliza para referirse a culebras, lagartos, aves, piedras, flores y árboles de la geografía salvadoreña.

En este país y en la mayoría de los centroamericanos se arraigaron mucho los cuentos “de encantamiento” de la andaluza Fernán Caballero (Cecilia Böhl de Faber). Aquí tomó carta de ciudadanía el célebre cuento del Ratón Pérez “que se cayó a la olla y la hormiguita lo siente y lo llora”, sólo que se hicieron variantes, como la de

“La cucarachita Mandinga” que circula en toda Centroamérica. Hay otra versión del mismo cuento popular en El Salvador, escrita por Quino Caso, seudónimo de Joaquín Castro Canizales, gran contador de historias.

Narradores ha habido muchos, pero entre los más destacados figura Salarrué, seudónimo de Salvador Salazar Arrué, autor de *Cuentos cipotes* (1945). También han escrito relatos infantiles León Sigüenza, Antonia Portillo de Galindo y Claribel Alegría entre otros. Autores de textos narrativos más extensos han sido José E. Córdova con la novela infantil *Ricardillo* y Miguel Ángel Cobos con *La casa gris*.

También se ha escrito poesía infantil, especialmente durante los años veinte y treinta, cuando sobresalieron autores como Salvador Cañas, Alfredo Espino, Mercedes Durán, Orlando Fresco y muchos otros que se inspiraron en la rica tradición del folklore. Posteriormente destacó David Escobar Galido que escribió pequeñas rondas, fábulas para catar y adivinanzas poetizadas tomando de modelo las flores y frutas del trópico como la guayaba, el mango, el ananás, el coco, la maracuyá o la papaya.

No obstante, quien verdaderamente ha trascendido en la lírica infantil ha sido Claudia Lars (1899-1974) seudónimo de Carmen Brennon, hija de padre norteamericano y madre salvadoreña. Sus libros más conocidos son *Centellas en el pozo* (1934), *Canción redonda* (1937), *La casa de vidrio* (1942), *Romance del norte y del sur* (1946), *Escuela de Pájaros* (1955) y *Tierra de infancia* (1958) en el que recoge sus memorias de la niñez en la gran hacienda que su abuelo materno tenía en el llano. Posteriormente publica *Girasol* (1962), una antología de la poesía infantil hispanoamericana, en una cuidada edición para los niños salvadoreños.

La obra de Claudia Lars se inspira en el rico folklore infantil de España de donde toma ritmo y musicalidad para escribir rondas y versos de auténtico valor poético. En este sentido, su obra –en contenido y forma– se relaciona con la de otras autoras hispanoamericanas que han poetizado también la infancia, entre ellas Gabriela Mistral (Chile), Juana de Ibarbourou (Uruguay) o Alfonsina Storni (Argentina). Claudia Lars es una mujer culta y cosmopolita que cono-

ce bien el romancero español y escribe al modo de Lope de Vega, tomando de modelo los antiguos madrigales de corte, los villancicos y las canciones de cuna de la España del Siglo de Oro. Inspirada en el motivo de la madre arrullando a un niño escribe:

El niño quiere perderse
entre los árboles,
el niño tiene un caballo
de pura sangre.

El niño sube a países
de luz y aire;
con una espinita de oro
mata gigantes.

El niño muere manzanas
así... de grandes...
y a orillas de un mar de música
llama a su madre.

En tanto que en el prólogo de *Escuela de Pájaros* leemos: “El niño tiene una sensibilidad más fina que la del adulto porque es un ser nuevo y puro. Si no ha sido pervertido por libros “añejados” o de mal gusto, está listo para recibir –aunque tan sólo sea como presentimiento– la oculta dádiva del poeta”.

Nicaragua

Como en toda Centroamérica, el origen de la literatura infantil en Nicaragua hay que encontrarlo en las zonas rurales donde los abuelos tendidos en hamacas contaban a sus nietos los cuentos de Tío Tigre a la sombra de los añosos árboles de jocote. Son los famosos “cuentos del camino” que todavía hoy perviven en la boca de los cuentacuentos, tan frecuentes y populares en estas tierras. En los campos y especialmente en los patios de las casas coloniales, los niños se entretenían también jugando a los “chonetes”, un antiguo juego de origen azteca (chotl: verde; etl: fréjol) mediante el cual se lanzaba una semilla a un ladrillo con diversas puntuaciones.

La literatura infantil propiamente tal empieza en Nicaragua con Rubén Darío (1867-1916). Su obra, abundante y variada, llena de matices y sugerencias modernistas, interesantísima desde el punto de vista del idioma, tiene piezas antológicas en la litera-

tura infantil latinoamericana, entre ellas *La cabeza del Ravi* (“¿Cuentos quieres, niña bella?”), la *Sonatina* (“La princesa está triste ¿qué tendrá la princesa?”) y la conocidísima poesía dedicada “A Margarita Debayle”, modelo de cuento versificado:

Margarita, está linda la mar
y el viento lleva esencia sutil de azahar.
Yo siento en el alma una alondra cantar.
Tu acento...
Margarita, te voy a contar un cuento...

En una Nicaragua pobre, Rubén Darío reivindicó a las hadas y puede decirse que las reinventó. En su primer libro, *Azul* que publicó en Valparaíso, Chile, en 1888, figura su cuento: “El velo de la reina Mab”, ejemplo de prosa preciosista y mágica, llena de excentricidades verbales y sonoridades idiomáticas que llamaron poderosamente la atención a Juan Valera, el autor de *Pepita Jiménez* y de las *Cartas americanas*. Este notable escritor español prologó el libro de Darío y sus palabras presentadoras abrieron las puertas literarias de este autor que renovó la poesía en lengua castellana a ambos lados del océano.

Contemporáneo de Rubén Darío fue el sacerdote Azarías H. Pallais, a quien Ernesto Cardenal, ex-Ministro de Cultura, gran autor y una de las grandes voces poéticas de Centroamérica, redescubre y llama “nuestro Capellán y nuestro Arcipreste”. El sacerdote poeta escribió libros de gran calidad artística, entre ellos *A la sombra del agua*. También es relevante José Coronel Utrero que se inspiró en la imaginación popular para escribir una obra poética versificada a la criolla, en la que encontramos

ecos de los cantares,

c o p l a s ,
cuentos y
consejas de
sabor cam-
pesino.

De tono más culto es Joaquín Paos (1915-1947), poeta alegre y de verso musical que escribió *Poemas para un*

joven que no ha viajado nunca y *Poemas de un joven que no sabe inglés*. Su poesía, muy original y fuera de cánones, ha sido revalorizada también por Ernesto Cardenal por considerarla “un aporte a la lírica de Nicaragua”. Muchos de sus poemas son aptos para la infancia en Latinoamérica, en especial aquellos que nos brindan estampas costumbristas como el de “La Verdulera”:

“esa que va al mercado con los pies llenos de tierra
la que lleva
el chayote, la yuca, la yerbabuena,
la del canasto, la de la red, la de la estera”(...)

En las últimas décadas ha habido un interés por recopilar los cuentos viejos con sabor a tiempo, destacándose la labor sostenida por María Berrios Mayorga, quien en 1960 publicó *Juegos nicaragüenses de ayer y de hoy*, con rondas y juegos de prenda y cordel de los niños nicaragüenses. Luego, esta investigadora del folclore infantil, publicó *La adivinanza en Nicaragua* (1966). Años más tarde, los poetas Francisco Pérez Estrada y Pablo Antonio Cuadra publicaron *Las Pasadas de Tío Conejo* (1981), una antología de cuentos populares de Nicaragua para los niños centroamericanos.

Las iniciativas tendentes a la revalorización de la cultura popular prenden. Los años sesenta fueron decisivos en este orden y se montaron diversas obras infantiles que enfatizaban lo folklórico, como ocurrió por lo demás en casi todos los países latinoamericanos en esos años. Labor importante la realizó el poeta Octavio Robleto al recopilar canciones de cuna y villancicos que ha difundido en suplementos culturales y antologías de poemas.

En la década de los ochenta, se advierten publicaciones más especializadas para la infancia, aunque la labor se hace difícil debido al crecimiento del conflicto bélico y al bloqueo económico y financiero entre 1983 y 1990. No obstante, hay logros como la disminución del analfabetismo, la fundación de la Biblioteca Infantil Luis Alfonso Velázquez de Managua y el desarrollo de programas en las salas infantiles de las bibliotecas públicas. Igualmente se conforman las editoriales Nueva Nicaragua y Van-



Ana María Londoño. *Cómo formar hijos lectores y no morir en el intento*. Bogotá: Taller de Talleres, 1998

PUBLICIDAD

guardia que, aunque con dificultades, publican libros para niños de autores nicaragüenses en ediciones modestas.

En 1986 se forma la Asociación Nicaragüense de Literatura Infantil y Juvenil que convoca al primer concurso nacional bajo el lema "Los niños queremos cuentos". El primer premio lo obtiene María López Vigil (1944), con la obra *Un güengüe me lo contó*. En una ponencia presentada en 1994 en El Salvador, la autora expresó: "Sólo teniendo raíces podremos tener frutos. Mi mayor deseo es que, con lo que escribo, los niños y niñas de aquí, sientan el orgullo de ser nicaragüenses, que valoren todo lo que somos y lo que tenemos. En el mundo en que vivimos, el nacionalismo nos puede salvar, entre otras cosas, de esta aburridísima y nada democrática homogeneización cultural que nos venden y nos imponen los países ricos, especialmente los Estados Unidos de América. Hay que defender la biodiversidad, no sólo en lo ecológico, también en lo cultural"x.

En la actualidad, sobresalen los poemas infantiles de Ernesto Cardenal en los que mezcla la tradición del romance histórico con la técnica del verso libre y siempre con una intención revolucionaria. Destacan de su autoría *Las Loras*, *El chancho que se comió Rigoberto* y *El cuento de los garrobos*. En 1990, Ediciones de la Torre publicó *Ernesto Cardenal para niños*, con poemas seleccionados por el propio autor en una cuidada edición.

En el Parque Luis Alfonso Velázquez, de Managua, ha contado historias Tomás Borge, que ha encantado al auditorio compuesto por niños y adultos con sus cuentos. *El macho malo* y la *Historia de Maizgalpa* (1989), ambos con un contenido político, ya que este narrador fue uno de los fundadores del Frente Sandinista de Liberación Nacional. En su mayoría los cuentos de su repertorio son alegorías del dictador derrocado. Lo sorprendente fue ver a maestros y bibliotecarios presentes que seguían absortos los relatos, aprendiendo de aquella verdadera clase en el arte de narrar, algo muy arraigado en el alma de Centroamérica. Los niños son los verdaderos "mimados de la revolución" que siguen por las plazas a estos "trabajadores de la cultura" como al flautista de Hamelin para que les cuenten un cuento...

En materia de investigación hay que des-

tañar en la actualidad a Vidaluz Meneses Robleto (1944), nacida en Matagalpa, especialista en bibliotecas infantiles y en la promoción de la lectura. Otros investigadores son Jorge Eduardo Arellano, estudioso de la evolución que la literatura para niños ha tomado en Nicaragua en los últimos años y el escritor Octavio Robleto, especialista en la tradición oral como fuente de la literatura infantil en Nicaragua.

Costa Rica

Una de las figuras más relevantes de la literatura infantil costarricense es Carmen Lyra, seudónimo de María Isabel Carvajal Quesada (1888-1949). Gran concedora del pueblo, vivió en ambientes rurales y supo extraer de allí poesía, verdad y también denuncia. Escribió mucho para la infancia y se preocupó de los niños pobres y enfermos, creando salas de lectura, casas de veraneo, una revista infantil y libros de texto para las escuelas. Su obra más representativa es *Cuentos de mi tía Panchita* (1920) que recoge lo mejor de la cuentística folklórica de Costa Rica a través de una innata contadora de cuentos. Aquí, esta tía Panchita, sabedora de narraciones inmemoriales, transmite a los niños sus relatos con ese tono campesino y alegre, salpicado de modismos, giros idiomáticos y vocablos regionales. Cuentos suyos como *Juan, el de la carguita de leña*, *El tonto de las adivinanzas*, *Salir con un domingo siete*, son conocidísimos entre los niños "ticos" como suelen llamarse los costarricenses.

En la misma línea figura María de Noguera con sus *Cuentos viejos* (1924) recopilados en la región de guanacaste, donde también aparecen los relatos de Tío Tigre y Tío Conejo, comunes a la región. Carlos Luis Sáenz (1889-1983) es el abuelo cuentacuentos que también escribe obras de teatro infantil. Famoso es su relato navideño *Quiteché*, "el cuento que nos contaba la abuelita india Candelaria, envuelta en su rebozo de brillantes colores, recordando su tiempo de criada en ¿Guatemala?, en ¿Salvador?"... Ha publicado *Mulita mayor: rondas, cuentos y canciones de mi fantasía niña y de mi ciudad vieja* (1949), *Las semillas de nuestro rey* (1958), *Yorutsi* (1975) y muchos libros de poesía infantil llenos de imaginación y sentido del humor. Su último

libro fue *El gato tiempo* (1983) con relatos que valoran la fantástica naturaleza costarricense, sus pájaros y flores, así como sus personajes folklóricos característicos. Su esposa, Adela Ferreto (1903-1985) le acompañó en sus andares literarios. Juntos publicaron muchos libros de texto para las escuelas de Costa Rica, seleccionando lo mejor de la poesía y el folclore de Latinoamérica y España.

Otra autora y gran impulsora de la literatura infantil en Costa Rica fue Lilia Ramos, mujer de vasta cultura y concedora del alma del niño. Sus libros más destacados son *Diez cuentos para ti* (1942) y *Cuentos de Nusicaú* (1952). Psicóloga y estudiosa de la infancia publicó teatro infantil y textos de investigación sobre la problemática infantil-juvenil. Fundó la revista infantil *Triquitraque* y editó la famosa novela de Anastasio Alfaro, *El delfín de Corubici*.

Uno de los autores de mayor renombre es Joaquín Gutiérrez (1918), autor del célebre libro *Cocorí* (1947), un clásico de la literatura latinoamericana. Como en *El principito*, este pequeño niño negro de Puerto Limón narra su amor hacia una niña rubia que desciende de un barco y, de paso, nos va dejando reflexiones más profundas. Indispensable conocerlo.

Carlos Luis Fallas (1909-1966) es otro autor meritorio, con sus libros de carácter autobiográfico *Marcos Ramírez* (1952) y *Mi madrina*, en los que retrata una difícil niñez en Costa Rica.

La poesía infantil en Costa Rica ha sido un género muy desarrollado con notables poetas. Uno de los más destacados es Alfonso Chase (1945), que ha establecido vínculos con escritores de toda América. Entre sus libros se cuentan, *Fábula de fábulas* (1977), *La pajarita de papel* (1988), *Cultivo una rosa blanca* (1989) y recientemente, *Historia de las tierras del tigre de agua y el colibrí de fuego* (1992) en el que recrea un complejo fabulario indígena.

Otro poeta es Fernando Luján con su clásico libro *Tierra marinera* (1937). Emma de Gamboa escribió *El sombrero aventurero de la niña Rosaflor* (1969), en tanto que Floria Jiménez es la autora de *Las cunciones del viento* (1990) y muchos otros poemarios para la infancia, todos de calidad. También se destaca Mabel Morvilla, que, aunque argentina de nacimiento, ha desarrollado su

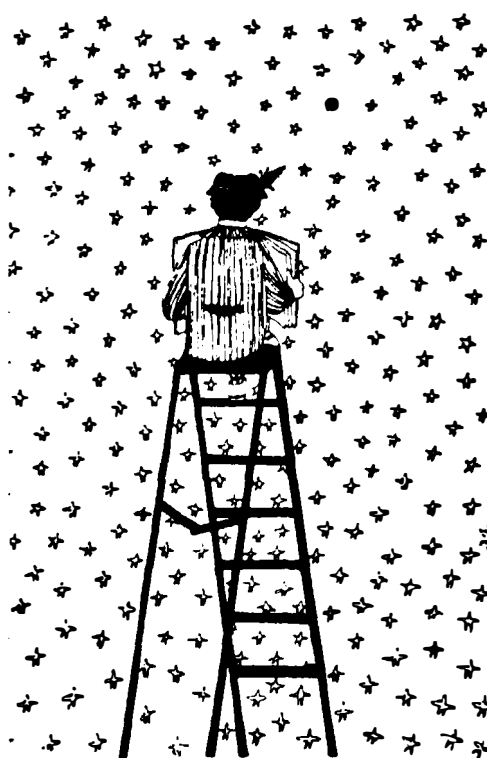
carrera literaria en Costa Rica con varios libros, entre ellos *Con dos cielos y un sol* (1981) y *Los habitantes de la brisa* (1985). Otros poetas son Luis Fernando Quijano con *Jugando con una estrella* (1980) y Rodolfo Dadá con *El abecedario del Yaquí* y *La voz del caracol* (1988).

Rocío Sanz, que después se radicó en México, escribió *El insomnio de la Bella Durmiente* (1985) en tanto que Lily Guardia escribió *Voces del viento* (1989) y *Cantos del agua* (1993). Clara Amelia Acuña es la autora de *Agua de cántaro*, premiado en 1991.

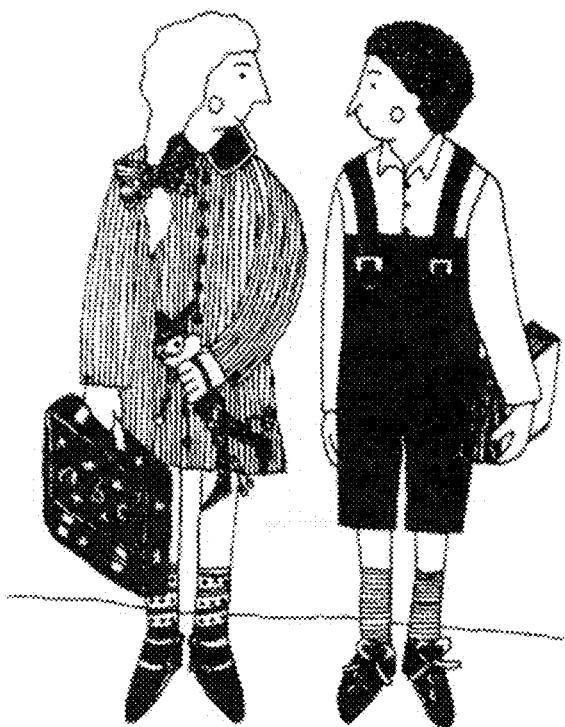
Una narradora conocida es Lara Ríos, seudónimo de Marilyn Echeverría de Sauter.

Sus primeros libros son *Algodón de azúcar* (1976) y *Los cuentos de mi alcancía* (1979), en los que revela manejo del idioma y conocimiento del alma del niño. Luego vienen *Pantalones cortos* (1982) y *Verano de colores* (1990), en los que evidencia soltura y naturalidad para captar el universo infantil a través del diario de vida de un niño. Posteriormente escribe *Mo* (1991), después de una rica experiencia conociendo a los indios cabécar de la selva costarricense. Con un estilo muy limpio, la autora nos entrega "los primeros hilos de una madeja de magia", protagonizada por una muchacha indígena. La obra contiene ilustraciones de Vicky Ramos, sin duda la más prestigiosa de su país.

Recientemente han aparecido nuevos talentos con voces narrativas originales. Entre ellos hay que mencionar a Alfonso Cardona Peña con *La nave de las estrellas* (1978) y a Floria Herrero con *El planeta Verde* (1979), ambos ganadores del Premio Carmen Lyra consecutivamente. En su mayoría, los autores modernos resaltan la flora y fauna de un país como Costa Rica, que ha sabido preservar sus riquezas naturales. En el plano folklórico, Quince Duncan recoge historias de la tradición oral afrocaribeña de Puerto Limón en sus libros *Los cuentos del Hermano Araña* y *Los cuentos*



Ana María Londoño. *Cómo formar hijos lectores y no morir en el intento*. Bogotá: Taller de Talleres, 1998



Ana María Londoño. *Cómo formar hijos lectores y no morir en el intento*. Bogotá: Taller de Talleres, 1998

de Jack Mantorra, en tanto que Luis Ricardo Rodríguez ha publicado la novela *Aurethal* (1991).

Siguiendo corrientes más vanguardistas, hay que mencionar a Carlos Rubio (1968) con sus libros *Queremos jugar* (1990), *Pedro y su teatrino maravilloso* (1991) –en el que reivindica la hermosa profesión de titiritero– y recientemente la novela *Escuela de hechicería, matrícula abierta*, publicada en Colombia en Editorial Norma, una obra llena de fantasía, humor e imaginación.

En el último tiempo, los autores más jóvenes sobresalen por incorporar a sus libros temas conside-

rados tabúes. Protagonizan estos relatos los niños urbanos más que los campesinos y están presentes la tecnología y la temática social y psicológica.

Panamá

Como en todos los países centroamericanos, en Panamá se ha cultivado siempre la veta folklórica al escribir cuentos para niños. En los inicios hay fábulas y relatos tradicionales indígenas. El siglo XIX fue eminentemente didáctico, con composiciones patrióticas para la escuela. Hay un autor que destaca. Es Cristóbal Martínez (1867-1914) quien, como Rubén Darío, escribió en su torre de marfil versos exquisitos apegados a la corriente modernista. Muchos de sus poemas son apropiados para la infancia, como la *Balada de Karina*.

Durante el presente siglo sobresale María Magdalena Icaza de Briceño con el libro de cuentos *Las flores de mi huerto* (1928). De mejor gusto es María Olimpia de Obaldía (1918) que fue nombrada “María Olimpia de Panamá” en un homenaje en 1949, semejante al que recibió Juana de Ibarbourou cuando fue nombrada “Juana de América” en el Salón de los Pasos Perdidos de Montevideo. María Olimpia de Panamá escribió un *Parnaso infantil* (1948) del cual pueden

rescatarse algunos poemas para los niños de hoy.

En materia folklórica destaca Luisita Aguilera Patiño con *Leyendas panameñas* (1949) y *Leyendas tradicionales panameñas* (1952). En la *Leyenda de la laguna encantada* la autora recrea la Naturaleza primigenia del istmo de Panamá, describiendo la laguna de Matusagarati. También ambienta sus narraciones en tiempos coloniales como en la *Leyenda del Cristo de Esquipulas de Antón*.

El teatro infantil panameño está representado por Rogelio Sinán (1904), seudónimo de Bernardo Domínguez Alba, diplomático que escribió diversas obras teatrales infantiles en sus cargos consulares. La más representada es *Chiquilinga o la gloria de ser hormiga* (1961) cuyos personajes son alegóricos al mundo panameño. Hormigas y luciérnagas, ruiseñores y palomas, presentan sus atuendos llenos de fantasía musical en un ambiente afroindígena del Caribe con un lenguaje poético que recuerda el estilo de García Lorca en el *Retablillo de Don Cristóbal*.

Entre los libros para niños más recientes, podemos mencionar *Los relatos del búho* (1978) de Isabel María Roldán, *La ratita que quería comer suripito* (1979) de Tilsia Rigault de Ortiz, *La piñata y otros cuentos* (1992) de Hena González de Zachrisson y *Adivina, adivinador* de Joaquín Padilla, con un rescate de las adivinanzas panameñas. Se han publicado algunas antologías en las que podemos acercarnos a los autores que escriben para jóvenes, entre ellas *Muchachitos* (1974) y *Cuentos para adolescentes* (1983).

En los últimos años, Aiban Wagua, autor especializado en la cultura indígena panameña, ha publicado *Guani* (1985) y otros libros para niños, entre ellos *Así habla mi gente* que recoge mitos y leyendas de la cultura kuma. Este autor ha publicado también *Kuma*, con mitos kumas narrados por ancianos.

El interés creciente en los libros infantiles ha llevado a que se desarrollen diversos encuentros para potenciar el acercamiento de los niños a la lectura y crear un interés hacia la literatura infantil. Recientemente, en 1993, se organizó un congreso sobre hábitos de lectura y corrientes de la literatura infantil al que asistieron especialistas de todo el continente. ■